

escrito: Hé aquí que yo enviaré un ángel delante de tí, que te preparará el camino, pues te digo en verdad que de todos cuantos han nacido de mujer, no hay otro mas grande que Juan Bautista." ¡A este grande hombre, pues, alabado por un Dios, es á quien el innoble capricho de una mujer envilecida retenia en las cadenas! Y esta luz espléndida era la que iba á extinguirse por la cobarde rábía de una cortesana!

Mas de un año habia que Herodías se habia desposado con el tetrarca de Galilea, y cerca de siete meses que sus instigaciones habian hecho meter á San Juan á un calaboso. Heródes habia venido al catillo de Maqueronta, seguido de una corte numerosa y festiva. Herodías encontró en esta coyuntura la ocasion que buscaba ya de mucho tiempo para inmolar el profeta á su vengativo rencor. Llegó el dia natalicio de Heródes, y este ofreció un gran festin á los oficiales de su ejército y de su palacio, y á los principales personajes de la Galilea. Brillaban las salas de palacio con aquel esplendor que no se conoce sino en el Oriente: las damas, ricamente vestidas, hacian galas de sus adornos, las antorchas de habeto resinoso y lámparas de brillantes luces, reflejaban sobre los techos dorados y las entapizadas paredes, y hacian relucir los cintos de oro de las mujeres, sus redicillas de perlas, los arcos de pedrería que adornaban sus frentes, y los diamantes de sus tiaras al estilo de Persia. Las hijas de Sion habian conservado el uso del afeite, que ya se conocia en tiempo de Jezabel: sus cejas y pestañas estaban pintadas de negro, y la estremidad de sus dedos era encarnada como las bayas del rosal silvestre. Las púrpuras de Tiro alternaban con las coronas almenadas de oro de Arabia. Y el acento armonioso de arpas, flautas, cítaras y otros músicos instrumentos, embriagaban los sentidos de júbilo y de placer. Salomé, la hija de Herodías y de Filipo, su primer marido, entró en el salon espléndido, radiante de hermosura, y con aquella mirada dominadora con que una mujer desenvuelta impone la ley de su dominio con mas orgullo que un conquistador. Sus negros bucles caen en capricho-

sos rizos por ambos lados de su cara, moviéndose de continuo como su cabeza. Lúbricamente graciosa en sus adornos, voluptuosa como el amor, fascinadora como el deleite, parecia una de aquellas magas de los cuentos árabes que abrigan bajo una belleza fatal y arrastradora algun maleficio ó algun veneno. Todos los ojos, chispeando de placer, siguen embelesados á la esbelta danzarina, que al compas de una música seductiva, tocando apenas en el suelo su lijera planta, se desliza por el salon entre mil muelles y tortuosos giros, encendiendo con sus actitudes que provocan el fuego impuro de los embelesados circunstantes.

Olvidando enteramente la timidez y la reserva que sus tiernos años y su condicion le imponian, danzó Salomé delante de todos los convidados. Créese que Herodías, con la prevision de lo que sucedió despues en efecto, habia por sí misma aconsejado á su hija este acto de desenvoltura. Aquella danza, que es siempre un oprobio, y de que ha de avergonzarse el pudor, fué colmada de aplausos en el delirio voluptuoso de un festin. Gratas lisonjas y elogios apasionados recompensaron á la digna hija de Herodías el sacrificio que tan generosamente hacia de su modestia y de su rubor. Heródes, sobre todo, embriagado de placer y de satisfaccion, dijo en un raptó de pródigo entusiasmo á la jóven cansada y encendida, que se le presentó como para pedirle una recompensa: "Pídeme lo que quisieras, que yo te lo daré. Si, todo lo que quieras te daré, aunque sea la mitad de mi reino." Salió ella ébria tambien de aquella gloria, que en sus momentos de triunfo embriaga el corazon de la mujer, y corrió á su madre, diciéndole: "¿Qué podré pedir?—La cabeza de Juan Bautista, respondió Herodías." Volvió, pues, apresurada, y dijo al príncipe: "Deseo que me deis desde luego en un plato la cabeza de Juan Bautista." Sorprendido y sinceramente contristado quedó el rey de aquella demanda, que no esperaba sin duda, de una jóven; porque la elevada virtud de San Juan no dejaba de imponerle. Pero se hizo un fatal punto de honor en cumplir la palabra que habia dado delante de toda su corte, y no se avergonzó de co-

meter uno de los mayores crímenes que se han perpetrado á los ojos de toda la tierra. ¡Singular religion de las gentes que ménos la conocen! como si la palabra de un insensato valiese mas que la vida de un hombre y que la ley de un Dios!

Heródes, impulsado quizá no ménos por su juramento que por las instigaciones de muchos cortesanos, que comprendidos en las vehementes declamaciones del santo Precursor contra la disolucion y el pecado, no sentirian mucho verse libres de aquel importuno fiscal, dió orden á uno de sus oficiales que pasase á la prision en un dia de regocijo, en medio de un festin, y á ruegos de una muchacha. ¿Quién no hubiera pensado que esta mision tenia por objeto el hacer gracia, y que la belleza, la juventud y el placer no sabrian sino sonreir y perdonar en caso de ofensa? Verdad es que la libertad concedida en tales circunstancias, no hubiera ni honrado ni alegrado al hombre de valor á quien fuera ofrecida; pero el guarda enviado por Heródes, decapitó á San Juan en la cárcel misma, y llevó en un plato la cabeza chorreando sangre, y fué enviada á Salomé en el lugar mismo en donde el festin duraba todavía: mezela horrible de placeres innobles y de cobarde barbárie, de que se admirarán sin duda los que ignoren que la malicia y la crueldad se dan la mano, y que todo hombre que no tiene ya nada que respetar en sí mismo, tampoco tiene el menor miramiento con sus semejantes. Y ni debe creerse que el mundo pagano, á pesar de su envilecimiento, hubiese llegado á tal punto de degradacion, que no conociera en sus momentos de buen sentido la ignominia de semejante conducta. Refiere en efecto la historia que un general romano, habiendo hecilo cortar la cabeza, no ya á un inocente sino á un criminal, en medio de las alegrías de un festin, para satisfacer á una mujer que no habia visto nunca una ejecucion capital, fué vergonzosamente echado del senado por este refinamiento de molície cruel, que por medio del sabor de sangre humana, sazona unos placeres empalagosos ya por su misma abundancia.

Salomé llevó la cabeza ensangrentada á Herodías: el presente

era digno de tal madre y de tal hija. Herodías, en su impotente pero implacable cólera de mujer, tomó uno de los alfileres ó sortijas que sostenian sus cabellos, y traspasó con ellas aquella lengua que habia osado increpar sus crímenes y dar inquietudes á su fortuna.

Tal fué la muerte del mas santo de los hombres. Trájica es y lamentable á nuestros ojos, porque aparece la cuchilla y gotea la sangre, la muerte es pedida, resuelta, ejecutada, sin razon, sin forma de proceso, sin retardo: en ella vemos lo mas augusto que hay en el mundo, una noble vida, arrojada para servir de pasto á un príncipe caliente con el vino, y á la fantasía caprichosa de una danzarina. Pero esta muerte es y será para siempre ilustre delante de Dios, porque fué sufrida por la justicia y la castidad, y nada hay tan glorioso como sufrir y sucumbir por lo que es eterno. Porque sucumbiendo así, el hombre no muere, sino que se transfigura; la vida presente tiene su dia de mañana, y los dolores de la tierra encontrarán su contrapeso en el cielo. Si el sufrimiento está colocado en la base del destino de los hombres, es para atraer en su cumbre la gloria: su sangre, generosamente derramada, brillará como si se hubiese convertido en perlas, en la diadema de su inmortalidad. En seguida, para que resplandezca el honor de la raza humana, cuando uno muere en defensa de una idea verdadera, al instante se levantan mil para reemplazarle. Tomen paciencia los que sufren, porque ellos saldrán vencedores: de ellos es la suprema felicidad: así lo ha dicho cho la verdad eterna. En cuanto á los que hacen sufrir, ellos se hartan de triunfos en el tiempo, como si pudiesen escapar de la eternidad y de la justicia que reinará en ella. Puede, pues, muy bien afirmarse que el glorioso precursor de Cristo, al espirar bajo la cuchilla de la persecucion, no solo se anticipó por el martirio á la muerte dolorosa del Salvador, siendo precursor suyo en la vida y en la muerte, en la predicacion y en el sacrificio; sino que fué tambien el precursor de los mártires cristianos, y empezó esta línea de hombres, que abriéndose hácia el cielo

un heroico sendero, llegaron á él por entre las olas de su propia sangre, y dejaron sobre la tierra trazas indelebles, que sus hijos contemplan y besan con respeto para seguir las, si fuese necesario.

Los discípulos de Juan vinieron á llevar á Jesus la dolorosa nueva de la muerte de su maestro. Jesus se hallaba entonces en la Galilea, no lejos del lago de Genezaret ó del Tiberiades. Montó sobre una barquilla, atravesó las ondas, y se retiró á una soledad que tomaba su nombre de la pequeña aldea de Bethsaide. Su hora no habia llegado todavía, y así quería sustraerse á la crueldad de Heródes y á las emboscadas de los fariseos que habian jurado su perdicion.

Los perseguidores no quedaron impunes: el cielo vengó despues en aquellos tres pechos homicidas, la muerte de su protector: á lo ménos sus reveses y su infortunio parecieron á los ojos de la nacion entera, llevar las señales de un castigo providencial. Aun ántes de su castigo cometió Heródes otro crimen, y de una naturaleza mas grave que todos los que marcan la carrera de su vida. El fué quien, deseoso desde mucho tiempo de ver á Jesucristo, cuyos milagros llamaban la atencion de toda la Judea, le trató con el mayor desprecio cuando Pilatos se lo hizo presentar en tiempo de la Pasion. Aretas, este rey de Arabia, padre de la princesa sacrificada á Herodías, se propuso vengar el ultraje cometido contra su hija: declaró la guerra á Heródes, lanzó sobre él con fuerzas considerables, y logró una victoria tan completa, que los judíos vieron allí el dedo de Dios, descargando su golpe contra el asesino de un gran profeta.

Algunos años despues, muerto ya Tiberio, viendo ya Herodías á su hermano Heródes Agripa oficialmente revestido de la dignidad real, en tanto que su marido continuaba en la posesion de su gobierno bajo el modesto título de tetrarca, se indignó contra esta desigualdad que humillaba su orgullo, y la hizo presente como un oprobio que no se debia devorar en silencio. Obligó á Antipas á hacer con ella el viaje á Roma, para obtener de Caio

Calígula, que ocupaba entonces el trono de los emperadores, que la tetrarquía de Galilea fuese elevada al rango de monarquía. Pero al llegar, Antipas se vió acusado de haber en otro tiempo apoyado la conjuracion de Sejan contra Tiberio, y de proteger todavía las sublevaciones de los partos contra el imperio; y bien sea que fuese realmente culpable, ó que la justicia se administrase en Roma como en Maqueronta, le fue quitada su tetrarquía, y puesta en manos de Agripa. Su fortuna fué la recompensa de su delator, y se le envió á Sion en destierro perpetuo. Herodías mostró en aquella circunstancia una fiereza digna de elogio. Prometíale Caio hacerle gracia por consideracion á su hermano Agripa, pero ella respondió: "Vos hablais como emperador, y como sienta á vuestra majestad; pero mi afecion de esposa me impide el hacer uso de esta indulgencia, pues no creo decoroso ni conveniente el abandonar en la fortuna adversa á aquel que me ha tenido por compañera en el seno de la prosperidad." Pero el emperador no podia ménos que castigar un lenguaje, en el cual despuntaba alguna nobleza de carácter ó de sentimiento. Condenó, pues, á Herodías al destierro, y dió todos sus bienes á su hermano Agripa. Los dos proscritos se embarcaron para las Galias; y bien sea que no hubiesen podido pasar allí inmediatamente, ó que las hubiesen dejado en seguida, acabaron en España su vida oscura y miserable.

Salomé, el principal instrumento de la muerte del profeta, que tenia cerca de quince años cuando hizo inmolar al que defendia ante todo su honor de niña, la dignidad de su madre y los intereses de su padre, fué casada sucesivamente con dos príncipes de su familia, habiéndola el primero dejado viuda despues de tres años. Algunos historiadores griegos de la edad media han pretendido que terminó sus dias de un modo trágico y prematuro. Refiere Nicéforo que Salomé, cayendo en un río helado, y quedando con la cabeza fuera del hielo, se degolló á sí misma con los movimientos que hizo con los piés para libertarse. Pero esta y otras semejantes versiones están demasiado destituidas de pruebas,

para que la sana crítica pueda apoyarse en ellas con algun fundamento.

El historiador Josefo afirma en términos formales, que San Juan fué decapitado en su misma prision de Maqueronta, y no en Jerusalem ni en Sebasto. Maqueronta era un castillo fuerte, situado mas allá del Jordan, y que protegía las fronteras de la Judea contra las incursiones de los árabes que habitaban en las cercanías del Mar Muerto: Heródes habia encerrado allí una parte de sus tesoros, y lo hacia servir en ciertos casos de prision de Estado. Y así, aunque los restos del mártir fuesen mas tarde colocados y venerados en Sebasto, capital de la Samaria, no fué allí donde sufrió la muerte, y aun es probable que fuese trasladado allí inmediatamente á causa de la violenta oposicion que existia entónces entre samaritanos y judíos. Sea como fuere, lo cierto es que en esta última ciudad se veia su sepulcro en el siglo tercero: despues la emperatriz Helena le restauró, é hizo edificar una magnífica iglesia sobre el arca en que se hallaba el sepulcro. Allí fueron conservadas las reliquias del santo, pues que en el reinado, y cuasi pudiera decirse por las órdenes de Juliano, los idólatras de aquella comarca hicieron pedazos el sepulcro, sacaron de él los huesos, y los hubieran destruido echándolos á las llamas, si algunos religiosos de Jerusalem, que habian venido como peregrinos, no se hubiesen mezclado con la turba sacrílega para salvar de la ruina lo que pudieron recojer. Llevaron á su convento tan precioso tesoro, que pasó despues á la ciudad de Alejandría en Egipto, desde donde fué repartido entre algunas iglesias del mundo católico. Muchas iglesias de Italia y Francia poseen parte de sus reliquias. Las mas considerables se veneran en Malta, en Leon, en Puy, en Viena del Delfinado, en Turin, en Venecia; y la Iglesia del palacio de S. Chamont, en el Leonés, conserva una considerable parte de una de sus quijadas.

El sepulcro continuó en ser honrado en Sebasto, y las reliquias del santo fueron allí reemplazadas. Veinte años despues de estas fechorías de Juliano, la ilustre dama romana Santa Paula, venia

allí religiosamente á deponer su plegaria á los piés de aquel que juzga á los príncipes y venga las cenizas de sus servidores. El sentimiento que atraía á los cristianos alrededor de la tumba del Precursor, no sé debilitó ni por el traseurso del tiempo, ni por el miedo á los sarracenos, dueños del país. San Luis, en una carta en que concede sobre sus réditos particulares una renta de veinte libras á los religiosos que hacen el servicio de la Iglesia de Sebasto, dice: "Hemos adorado al Salvador sobre la misma tierra que pisó con sus piés, por cuyos lugares hemos hecho peregrinacion con un sentimiento de amor y de temor: hemos visto la iglesia de Sebasto, en donde descansan el bienaventurado Juan Bautista y otros cuerpos venerables. La santidad de aquel lugar ha llenado de placer nuestro corazon, y ha hablado muy vivamente á nuestra alma, y el buen comportamiento de los hermanos que lo custodian nos ha excitado á estimarlos mucho, tanto á ellos como á su iglesia." La pública devocion correspondió á la del rey de Francia, derramando abundantes limosnas sobre la iglesia de San Juan de Sebasto para adornarla de una manera digna de su glorioso patron.

La crítica se ha empleado por mucho tiempo y con sábias investigaciones para hallar el rastro y seguir las diversas vicisitudes de la cabeza de San Juan. Créese que fué enterrada en Jerusalem, trasladada despues á Emesa, y despues con grande pompa y solemnidad á Constantinopla, desde donde habrá sido traída á Occidente por los cruzados, venerándose en Roma la mayor parte de ella.

Por lo que podemos deducir del contexto del Evangelio, la muerte de San Juan acaeció á fines del año 31 de la era comun, ó á principios del siguiente. No obstante, la Iglesia griega y latina celebra su memoria en 29 de Agosto, bajo el título de Degollacion de San Juan; ó porque éste fuese en realidad el dia de su muerte, ó porque haya habido en semejante dia, ya desde los primeros siglos, una traslacion de sus reliquias, ó se haya dedicado alguna iglesia bajo su invocacion.

La tragedia del santo Precursor ha inspirado repetidas veces al génio del artista, ya en el pincel, ya en el buril, ya en el mármol, y toda la vida del Bautista ofrece cuadros que excitan el interés de las artes de imitacion. ¿Habeis visto alguna vez al niño Juan cubierto con una piel al lado de su bendita madre entre las breñas del Desierto, jugueteando con las inocentes ovejas, cuya mansedumbre iba él á enseñar á los hombres? ¿Le habeis visto tambien, ya proveyo, predicar con eficacia á las turbas pendientes de su voz que resonaba en medio de los bosques? ¿Habeis reparado otras veces en un solo grupo á un tirano lúbrico y cruel, sentado sobre un trono, á una impura princesa, correspondiendo con una sonrisa atroz á sus lascivas miradas, y á una bailarina sin pudor, haciendo escarnio de un hombre venerable, no por sus años, sino por su imponente actitud, el cual increpaba en nombre de Dios el crimen y el escándalo con toda la energía de un profeta del Señor? ¿No habeis contemplado, por último, mil veces á una jóven insolente y voluptuosa que lleva en un plato cubierto con un velo una cabeza lívida y ensangrentada? Tales son, pues, las principales escenas que ofrece la vida del ángel en carne, del santo Precursor del Hijo de Dios en la tierra, aquel cuyo nacimiento habia llenado el mundo de gozo, su vida de asombro, y su muerte de horror y de consternacion.

Despues del destierro de Heródes mejoró mucho la suerte de Agripa, á quien Calígula colmó de bienes en la Judea y dió el título de tetrarca ó rey; despues el emperador Claudio, sucesor de Calígula, añadió á su tetrarquía la Judea y la Samaria. Nombró tambien el nuevo emperador por rey de Cálceide, en la Siria, á otro Heródes, hermano de Agripa, y publicó algunos edictos en favor de los judíos.

Concluyamos en pocas palabras la historia del pueblo de Dios que fué de corta duracion despues que el cetro hubo pasado á manos extrañas, pues estaba ya como cumplido por entónces su destino sobre la tierra, porque los pueblos y los imperios tienen tambien señalada por el Eterno la duracion de su existencia, así

como cada uno de nosotros, bien sea que esté ya cumplida la medida de sus crímenes, bien sea que se hayan verificado los destinos que sobre cada uno de ellos tenia designados la Providencia.

Agripa manifestó mas celo por la religion judaica que sus predecesores; y con su generosidad y clemencia se grangeó el aprecio público. Depositó en el templo de Jerusalem una preciosa cadena de oro que le habia regalado Calígula; hizo solemnes sacrificios; restableció el orden y la disciplina en el estado, y libertó á los habitantes de Jerusalem del importe que pagaban por cada casa, hermoseando al mismo tiempo la ciudad, levantando sus murallas, y fortificándole con el intento de hacerla inexpugnable; pero el gobernador de Siria se opuso á esta obra, y le obligó á suspenderla. Era Agripa tan respetado de todos sus vecinos, que en un viaje que hizo á Tiberiade, fueron cinco los reyes que acudieron á cumplimentarle. Pero en medio de toda su gloria la historia del cristianismo condenará siempre su conducta, por haber sido él quien dió principio á las persecuciones. Murió Agripa desastrosamente á la edad de cincuenta y cuatro años, y dejó un hijo de diez y siete, llamado tambien Agripa. Viendo el emperador la corta edad de este segundo Agripa, dió á Caspio todo el mando de la Judea, y encargó la administracion del templo y del tesoro, con el derecho de nombrar los sumos sacerdotes, á Heródes, tio del rey. A Fado sucedió en el mando militar Tiberio Alejandro; á Tiberio Ventidio Cumano; á éste Félix, el cual destruyó á los facinerosos que asesinaron en el recinto del templo al sumo pontífice Jonatás; y á Félix siguieron luego Festo, Albinio y Genio Floro, cuyas rapiñas y vejaciones contra los judios, encendieron una guerra que no terminó sino con la total ruina de la nacion. Así se vé, que despues de la muerte de Agripa ya no tuvo la Judea sino gobernadores romanos; porque si bien el emperador Claudio pensó que el jóven Agripa fuese el sucesor de su padre, los libertos que le rodeaban se lo disuadieron, y el emperador, como se ha visto, nombró procurador de la Judea á Fado.

Los romanos, siguiendo constantes la política con que habian

asegurado sus conquistas, dejaron que los judíos, bien así como las demás naciones del imperio, siguieran sus costumbres, sus leyes y su religión; y cuidaban de no mezclarse en su administración interior, sino para evitar ó apaciguar las turbulencias civiles, y para exigir las contribuciones de hombres y de dinero. Mas los judíos, pueblo que por su misma constitucion se habia acostumbrado á vivir aislado y separado de otros pueblos, llegaba á mirar con ódio el trato de todos los extranjeros. De ahí los continuos esfuerzos para sacudir el yugo de los romanos, y de aquí las sediciones ó las revueltas en que hervia la Judea, y los arroyos de sangre que para sofocarlos tenian que hacer correr las legiones romanas.

Existian ademas otras causas funestas de enemistad y de cisma entre los judíos, que dividiendo el pueblo en diferentes sectas, debian necesariamente acelerar la ruina de todos. El partido mas poderoso era el de los fariseos, gente que desconocia el verdadero espíritu de la ley, al mismo tiempo que se jactaba de observarla al pié de la letra, á los cuales Jesucristo echó no pocas veces en cara su orgullo y su hipocresía: á este partido debe juntarse el de los seduceos, de poca gente, pero de clase distinguida en la república. Estos no reconocian la inmortalidad del alma, ni miraban la ley sino como un medio muy á propósito para la conservación del orden público, semejantes en esto á muchos de nuestros políticos y hombres de estado, que solo respetan la religion considerándola como un freno para el pueblo. Los esenios formaban el tercer partido, hombres de vida austera, la mayor parte labradores; solian vivir en comun y ejercitaban algunas virtudes, mas eran ciudadanos poco útiles, porque no tomaban interés en los negocios del estado. A estas tres sectas añadió aún otra cuarta, el fanático Júdas, el cual decia que no debia reconocerse mas señor ni rey que Dios: así es que cuando Augusto mandó formar un censo de los bienes de los particulares, los discípulos de Júdas excitaron una sedicion, que solamente logró apaciguar el gobernador de Siria derramando mucha sangre.

Añádase ahora á esta diversidad de sectas el ódio irreconciliable que dividia á los judíos de los samaritanos, y se verá cuántos elementos de cisma, de guerra y de ruina habia entre los judíos, cuando por otra parte estaba la Judea sujeta al capricho, á la rapacidad y á la tiranía de los gobernadores romanos.

Todos los dias llegaban á Roma noticias desagradables de nuevas revueltas, alborotos y sediciones, lo cual obligó á Nerón á enviar contra los judíos á Vespasiano. Este entró en aquel desgraciado país, caminando con orden, apoderándose de las plazas fuertes, y arrollando hácia el centro á cuantos huían de rendirse, ya por el celo de la religion, ya por temor. Cuando Vespasiano tuvo que dejar la Judea para ir á ocupar el trono del imperio, despues de vencer á su rival Vitelio, encargó á su hijo Tito el sitio de la ciudad de Jerusalem, la cual estaba entónces entregada á los mas horrosos excesos.

A pesar de verse amenazados los judíos de todo el poder de Roma, el espíritu de partido, que jamas escarmienta, los tenia de tal modo divididos, que peleaban unos contra otros dentro de la capital, estando ya sitiada. Juan de Giscala, unido con los celosos (que así se llamaban los de la secta mas fanática) facilitó la entrada en la ciudad á los idumeos, los cuales cometieron horribles excesos, hasta asesinar al sacerdote Zacarías. Confiado en sus fuerzas, aspiró entónces Giscala al poder supremo: mas esto mismo dividió á los suyos en dos bandos: y aunque Simon, hijo de Joras, llegó á vencer á Juan, los de una y otra parte continuaron degollándose, acelerando con su insensata division la ruina de la ciudad. Cuando Tito quedó encargado del sitio, pudieron los judíos haber sacado alguna ventaja de su carácter pacífico y moderado; pero aunque el hijo de Vespasiano empleó todos los medios de dulzura para ganar la voluntad de los judíos, éstos se mantuvieron sordos á sus propuestas, y siguieron obstinados en sus odios y en su defensa. Simon se mantenía firme en la parte alta de la ciudad, Giscala en la inferior, y Eliazar ocupaba el templo. La guerra civil seguia con encarnizamiento; los unos peleaban contra los

otros, y solo el peligro comun solia reunir sus tropas: entónces actuaban unidos á la muralla, y salian juntos de la ciudad para destruir los trabajos y las máquinas de los sitiadores. Pasado el peligro, volvian á su desórden y á sus combates interiores; y muchas veces los mismos que acababan de rechazar y vencer á los enemigos, perecian en Jerusalem á manos de sus hermanos. El ódio y la venganza, el fanatismo y la ambicion causaban mas males que la misma guerra; y la porfiada resistencia de los sitiados acabó de llenar de horror la caida de Jerusalem. Cuando las máquinas de guerra y el fuego pusieron á los romanos en posesion de la ciudad, ya ésta no era sino un monton de ruinas cubiertas de cadáveres, y de hombres estenuados, que presentaban débilmente sus cuellos á la cuchilla del vencedor.

Admirado Tito de la magnificencia del templo, quiso librarlo del furor de sus soldados, pero éstos le pegaron fuego, le robaron y le saquearon. El general romano solamente pudo salvar algunos vasos sagrados y no pocos instrumentos de los sacrificios, con los cuales aumentó la pompa de su triunfo. Durante esta guerra de exterminio y de muerte, perecieron un millon cuatrocientos mil cuatrocientos noventa judíos: tal es el cálculo mas moderado de los que presenta la historia; los prisioneros fueron noventa y siete mil; las murallas y la mayor parte de las casas fueron arruinadas; y las tierras de la Judea se pusieron en venta.

Desde entónces dejó de existir de todo punto el reino ó la nacion de los judíos, y desde entónces andan éstos errantes por todas las naciones del mundo, á pesar de todo los esfuerzos de la civilizacion moderna que se afana en muchos puntos para confundirlos y anivelarlos con la masa general de la sociedad; acreditando así el cumplimiento exacto de las predicciones de Jesucristo. Puede fijarse el fin del pueblo judáico el año 70 de la era vulgar.

Así terminó ése pueblo que remontaba hasta el origen del mundo, y cuyos miembros dispersos se conservarán hasta su fin, y hasta quedar cumplido el terrible anatema que ellos mismos fulmina-

ron contra sí: *¡Caiga la sangre de Cristo sobre nosotros y sobre nuestros hijos!*

La tierra es del Señor; y así como fué objeto de maldicion por causa del hombre cuando éste cometió su primer pecado contra Dios, así tambien la gloriosa tierra de Judea fué maldecida y entregada á la "desolacion de muchas generaciones" que habian de pasar sobre ella á causa del horrendo deicidio cometido por aquel pueblo á quien Dios la habia dado, y para el cual está aun reservada en la agonía del mundo, cuando llegue el tiempo en que se convierta y vuelva al Señor Dios de sus padres.

